

EL "HOTEL PLAY-BOY" DE CHICAGO

Por José Alberto Santana

Al subir al avión, en el aeropuerto del Chicago, fui sometido, como todos los demás pasajeros, a un severo control. También lo había sido en el de Nueva York, pero en el de Chicago la vigilancia es más estricta. Chicago está considerado como el aeropuerto —tiene dos— de más tráfico del mundo, y, claro, no es de extrañar que se extremen los controles y las precauciones. No sólo le hacen pasar a uno —yo partí del aeropuerto de O'Hare— por entre las dos consabidas barras metálicas que detectan cualquier material que uno lleve encima, sino que que también, luego, la policía le registra a usted minuciosamente el maletín de mano o el paquete que pueda portar consigo.

A pesar de todo esto, debe haber sus fallos, o por lo menos sus dudas, porque en la ocasión a que me refiero, luego, cuando ya estábamos todos abordo, sino la policía y se llevó a uno de los pasajeros. Es de suponer que no sería para invitarle a un whisky.

Las precauciones son muchas, pero los secuestradores «hijackers» los llaman ellos— siguen actuando a cada paso. Y es que en Estados Unidos todo es posible. Lo mismo que en la Quinta Avenida de Nueva York que de verse una casa diminuta, de dos o tres plantas, junto a los rascacielos de más de setenta pisos, en los aeropuertos, al lado de las «altas medidas de vigilancia», pueden constatar también los más «pequeños fallos», que no dejan de tener gracia. Como aquel señor que secuestró un avión tranquilamente, a pesar de tales medidas, y al que llegó, no a través de los detectores de armas, sino simplemente utilizando para ello una bicicleta. Montando uno de estos vehículos y con una gran escopeta en bandolera, como un cazador en pleno safari, atravesó parte del campo y logró adentrarse en un avión, el que amenazó con volar si no le entregaban dos millones y unas barras de oro. Luego resultó que se trataba de un atraco con finalidad benéfica, pero, al fin y al cabo, no dejaba de ser un atraco.

En Chicago me alojé en el «Hotel Play-Boy», y no por mi gusto precisamente. Yo se sabe que esa de «play-boy» tiene muy mala prensa, y no está uno todavía en edad de aventuras. De haber sabido que se trataba del «Hotel Play-Boy», quizá en principio no lo hubiera aceptado, por lo menos por un poco de rubor. Ocurrió simplemente que al solicitar desde aquí un hotel para mi estancia allí, me ofrecieron —por error telegráfico— el «Play-Boy», y por mi parte no hubo inconveniente alguno en decir que sí a un centro hotelero cuyo nombre, la verdad no tenía nada de escandaloso.

El «Play-Boy» resultó ser un hotel de primerísima categoría y en el mismo se halla instalado también el club del mismo nombre. Allí me enteré, y luego vi algunos más de ellos, que en Estados Unidos hay una red de hoteles de la misma denominación, con sus respectivos clubs adherentes. El de Chicago, por lo menos, tiene una forma diferente a los hoteles tradicionales y muy parecido a los de las Vegas. Al estar en la ciudad, la

MESA DE REDACCIÓN

Pequeña crónica de Santa Cruz

Soledad y calma, grandeza y silencio



La torre de piedra de la vieja iglesia, con ese su aire de todos los tiempos.—(Foto: Juan HERNANDEZ).

Las viejas casas del no menos viejo Santa Cruz van quedando en el recuerdo. Sobre ellas, ciegos ya, los miradores ven limitados sus antes amplios horizontes.

Muros de cemento, cristal y acero, han apagado el rebrillar de soles de antaño y —empequeñecidos, rodeados de ciudad y silencio, hondo silencio— los miradores ya no se abren, como antes lo hacían, hacia un naciente y hacia un poniente.

Los viejos miradores no miran ya hacia aquel que fue su mar, su objetivo en la ciudad que poco a poco va dejando de ser, que casi ya no es.

Recuerdo un mirador de mis años niños, un mirador que ya no se alza en una vieja plaza de Santa Cruz, que aún guarda recuerdos y ecos de un pasado que, por paradoja,

Y fueron soledad alta, silencio humano, el mismo que ahora, con diferente sentir, en ellos se respira. Y que ya no ofrecen, como antaño, la fronda de paz en paz y dulce del corazón de la ciudad, la mar domesticada de su puerto y la siesta de los barcos.

Hoy lo que queda de la vieja plaza no se llena, como antaño, con la algazara de voces nuevas que, apagadas, llegaban al viejo mirador que aún estaba.

Era el momento en que casi quedaba en sombra, el momento en que los altos caserones daban muerte al sol de la tarde. Y entonces, pleno de inexplícables nostalgias, pasaba y dolía el corazón, como duele y pesa hoy cuando —al pasar

de los años— miramos hacia otras y, como entonces, contemplamos el cristal de llamas de la gloria del ocaso.

Hoy, como ayer, sobre la tierra amarga se abren los parterres en flor, en silencio. Pero ya no se amontona bajo los laureles la sombra espesa y fresca de los tiempos ya idos para siempre. Pero, como en aquellos, siguen cayendo, lentas, las lágrimas sonoras de las campanas.

Crece la paz en la plaza en sombras y, arriba, sobre donde se alzó el mirador que daba sus frentes al naciente y al poniente, en las ascuas de un crepúsculo morado, la noche que llega enciende un lucero.

J. A. Padrón Albornoz

Lo de siempre

JOSE MARIA IÑIGO Y SUS IGNORANCIAS

Nada. Que no hay manera. Que es inútil tratar de meter en la cabeza de cierto sector de la España peninsular —sector que es bastante más grande de lo que suponemos— que el Archipiélago canario con sus dos provincias, forma parte de las cincuenta y dos que componen el territorio nacional.

Naturalmente, con los tiempos que corren, no está la cosa como para ponerse a estudiar por lo menos geografía. ¡Perder el tiempo en esas nimiedades! Supongo que algo por el estilo pensará José María Iñigo. Ya saben ustedes quien es, el de la ceja levantada y bigote poblado, que es presentador del programa de televisión «Estudio abierto» y director de la revista «Sono-control», revista que, por lo visto, desconoce por completo que existimos y que hasta tenemos periódicos...

Me explicaré un poco más. La citada revista tiene una sección destinada a controlar lo que de ciertos personajes digan los periódicos de España, que son aproximadamente uno de cada provincia, y en donde no hay manera de que se lea alguna vez el nombre de un periódico de Canarias.

Es lo de siempre. Porque esto, ustedes lo saben tan bien como yo, es sólo un detalle más de los cientos que se producen al año. Ya empieza a resultarnos curioso. Podríamos mandar un escrito al Ministerio de Educación y Ciencia, solicitando, ya que no es posible como mera información de geografía, una asignatura que llevara por nombre: «Canarias, paraíso de nuestra explotación... solamente». Sería por lo menos un detalle de franqueza de los ciudadanos que componen esa España machadiana, ya saben a la que me refiero, a aquella, a la de los bostezos...

Olga ALVAREZ

LA GENTE QUE ESCRIBE, DE FRENTE

ALVARO BELDA ALCARAZ

- ESCRIBIR PRESUPONE UNA SERIEDAD
- EL HUMOR, COMO LA LUZ, FLOTA EN EL AMBIENTE Y EL HUMORISTA ES, SIMPLEMENTE, UNALENTE DE AUMENTO
- LA TERTULIA DE "EL SOTOMAYOR" TIENE ENTIDAD Y CATEGORIA

Nace en Madrid en 1930. En 1942 se traslada a Santa Cruz de Tenerife donde reside desde esta fecha. Cursa la carrera de Derecho en La Laguna, que termina en Madrid en 1952. Abogado en ejercicio del Colegio de Santa Cruz de Tenerife. Casado y padre de tres hijos.

Alvaro Belda nos refiere su concepto de la literatura humorística, del escritor, de la calidad de los artículos literarios.



orrecieron —por error telegráfico— el «Play-Boy», y por mi parte no hubo inconveniente alguno en decir que si a un centro hotelero cuyo nombre, la verdad no tenía nada de escandaloso.

El «Play-Boy» resultó ser un hotel de primerísima categoría y en el mismo se halla instalado también el club del mismo nombre. Allí me enteré, y luego vi algunos más de ellos, que en Estados Unidos hay una red de hoteles de la misma denominación, con sus respectivos clubs adherentes. El de Chicago, por lo menos, tiene una forma diferente a los hoteles tradicionales y muy parecida a los de Las Vegas. Al atravesar la puerta de entrada, se encuentra uno, no con un vestíbulo, sino con un gran salón. Lo que pasa es que como en Chicago no está permitido el juego, en lugar de ruletas, lo que se ven son un gran bar de forma circular y pequeñas salas de fiestas de diferentes estilos.

Es confortable el hotel, lo que ocurre es que uno, a lo peor, se encontraba un poco incómodo o inquieto con los famosos «conejitos» del editor de la revista, atendiéndole y pasando por delante a cada instante, ligeramente ataviadas como en la ya conocida estampa.

Chicago viene a ser algo así como Bilbao, pero en grande y sin boinas; una ciudad del norte, industrial por excelencia, con una idiosincrasia muy particular y con mucha lluvia. Las dos veces que he estado allí, me ha sorprendido el mal tiempo, con abundante aparato eléctrico e impresionantes truenos.

Pero, esta vez, aparte del temporal, me ha sorprendido también la conveniencia nacional de la Legión Americana. Miles de legionarios de todo el país, veterano de todas las guerras que ha tenido Estados Unidos, que no son pocas, llenaban los hoteles y los establecimientos y ocupaban casi todos los transportes. A excepción, creo yo, de ese famoso «Club de los Millonarios», que está en la avenida Michigan y al que es difícil entrar, porque están siempre cerradas a cal y canto, sus puertas y ventanas. Sus socios pensarán, digo yo, que ya es bastante ostentación tener millones de dólares y reunirse en un club para competir en dinero, para encima dejar que la gente vaya a verles. O también puede que cierren porque tienen miedo a los ladrones.

Asistían, como digo, a la convención nacional de la Legión Americana gentes llegadas de todos los Estados del País y era curioso verles con sus gorros, a lo Eisenhower, en los que aparecían los nombres que cada uno poseía, porque era la única prenda militar que portaban. Se les veía tan alegres y contentos, con sus reumas, sus artritis y sus achaques, porque eran en su mayoría gente muy mayor.

El acto principal, el «Memorial», tuvo lugar en la plaza que preside la famosa escultura de Dalí, una especie de perro monumental, chato y esquelético, a la vez que curtido, en sus herrajes, por el tiempo.

Muchas banderas y muchas bandas de música, porque en Estados Unidos las banderas y las bandas son elementos indispensables para cualquier solemnidad, asistencia de mucho público. Pero lo curioso es que al mismo tiempo que se celebraba el «Memorial» y formando parte del mismo, tenía lugar en la citada plaza un «show» acrobático a cargo de los bomberos de la ciudad; varios automóviles de los cuales, profusamente adornados y con altavoces, exhortaban a la concurrencia a la ayuda a dicho Cuerpo; porque ya se sabe que en Estados Unidos, en su mayoría, los bomberos corresponden a sociedades o agrupaciones particulares.

Alrededor de todo esto, individuos portando carteles con alusiones a temas políticos o municipales, en sentido contestatario, y naturalmente, como siempre, la nota pintoresca: un hombre paseándose tranquilamente entre la multitud con la cara totalmente empolvada, vestido de negro y cubierto con una capa a lo Drácula.

Chicago es un muestrario de originalidad arquitectónica, aunque algunas vías céntricas resultan oprimidas por las calles aéreas, por las que circulan los tranvías y los trenes. Se da el caso de que en una misma calle hay tres vías superpuestas en diferentes planos: la de superficie, la aérea y la subterránea. Pero, junto a estas desangeladas arterias, uno siente todavía el encanto de pasear por viejas calles como la de Randolph, plena de luces, de anuncios luminosos, de restaurantes, de cines, de teatros y de salas de fiestas, donde toda diversión tiene asiento. Es un pequeño Broadway neoyorquino, que mantiene en la noche su vida intensa, con algunos comercios abiertos también hasta la madrugada.

Los viejos miradores no miran ya hacia aquel que fue su mar, su objetivo en la ciudad que poco a poco va dejando de ser, que casi ya no es.

Recuerdo un mirador de mis años niños, un mirador que ya no se alza en una vieja plaza de Santa Cruz, que aún, guarda recuerdos y ecos de un pasado que, por paradoja, es presente vivo y palpable. Y era aquel un mirador el que siempre imaginé hecho para el descanso en aquellas tardes de domingos, tristes, plenos de nostalgia, mientras mar afuera un velero, lento, rompía la sublime rectitud del horizonte.

Se asomaba uno por el mirador, sobre rojas tejas, a un mundo nuevo, a una soledad alta, a un silencio humano.

Bajo la rosada nube de las tejas —aquellas humildes tejas canarias— había amontonamiento de viejo barrio con sólo dos aspectos para nuestros años niños: cortada sobre el cielo de oro del casco, la torre de piedra de la vieja iglesia con ese su aire de todos los tiempos —de los ya idos para siempre, de los presentes y de los que vendrán— y, frente, azul y blanco de olas, el mar de la tarde pintado de barcos.

El viejo mirador era un aislamiento voluntario.

El viejo mirador era encontrar una libertad aún no perdida, una libertad de niño para quien lo irreal era real. Para quien lo conocido era desconocido.

En el mirador había como un vidrio de ilusión.

¿Quiénes vivían en aquellas casas? No lo sabía. Nunca lo supe. Y si ahora recuerdo aquel mi viejo, desaparecido mirador, es a la vista de los pocos que, ciegos ya, levantan sus anacrónicas estampas en ese Santa Cruz de ayer, de siempre.

Los miradores eran soledad, tarde, silencio humano. Son, en fin, parte de un viejo y casi muerto Santa Cruz.

de tener en donde reside desde esta fecha. Cursa la carrera de Derecho en La Laguna, que termina en Madrid en 1952. Abogado en ejercicio del Colegio de Santa Cruz de Tenerife. Casado y padre de tres hijos.

Así la vi desde el entonces alto mirador. Así la vieron todos los que, antes que yo, por allí pasaron.

Entonces buscaban una caución de colores en la tarde tranquila e indolente. Buscaban la última, suspiradora brisa de la tarde, la que endulza la puesta del sol.

Buscaban —bien lo sé— soledad y calma, grandeza y silencio. Algo que ya apenas existe en las ciudades de hoy.

De nada sirven los viejos miradores que, con pena infinita, se alzan a la sombra de verticales paredes de muerte, frío cemento y cristal.

Bajo la arbolada gris y cobre —la perennidad de la hoja que no se seca, que no se muere— los callaos con rumor de playa y color de agua. A lo largo de todo el redondo horizonte del mirador, las nubes encrespaban sus cimas deformes cimas en las que el sol reflejaba su maravillosa sucesión crepuscular del ópalo.

Los miradores se abrían a las azules e infinitas huertas de la mar. Eran el palco, magnífico, que las casas de entonces disponían para el espectáculo maravilloso del puerto en constante movimiento.

Ellos eran los primeros en ver romper en la playa las olas de luz de aurora. Luego, en el sopor de la siesta, el mirador dormía al sol. El mar mecía entonces diamantería de olas soleadas y, al llegar la tarde tranquila, abría sus frescos abanicos de plata mientras, en el silencio solitario del lejano horizonte, surgía una fragata —blanca— impulsada por la limosna de la brisa.

Hoy los miradores están ciegos. Hoy los miradores no tienen horizontes donde posar sus miradas. Solos en el viento y la lluvia. Solos en la ciudad que no les pertenece.

de tener en donde reside desde esta fecha. Cursa la carrera de Derecho en La Laguna, que termina en Madrid en 1952. Abogado en ejercicio del Colegio de Santa Cruz de Tenerife. Casado y padre de tres hijos.

Alvaro Belda nos refiere su concepto de la literatura humorística, del escritor, de la calidad de los artículos literarios, y como punto final, de las traídas y llevadas tertulias de café.

—Háblanos de tus comienzos en el periodismo?

—En el primer periódico que escribí fue en el «Rollo y metralas» de la Milicia Universitaria. Después, he escrito cosas de orden económico-jurídico en ponencias, congresos, consejos económicos judiciales, etc. Empecé a colaborar en «EL DÍA» muy esporádicamente, en el año 1968 más o menos. No creo que esto constituya una labor netamente periodística, sino más bien una cierta proyección literaria, término que quiero comprendas desprevisto de presunción, aunque muy arropado de una latente vocacionalidad.

—A tu juicio ¿qué cualidades ha de reunir un artículo literario?

—Creo que debe existir un tema que pueda tener algún interés, que sea tratado de una forma literaria adecuada a él, lo más sencillamente posible, sin rebuscamientos ni alardes. Lo cual puede no estar reñido con un estilo más bien barroco. Si además se le puede echar algo de la sal y pimienta que tanto abundan en los artículos de un Pemán o un Umbral, miel sobre hojuelas.

—¿Se hace hoy un periodismo, digamos malo?

—Pienso que, por regla general, todo se hace mejor ahora que antes, y desde luego, el periodismo no es la excepción de esa regla. Y me parece que los peculiares condicionamientos de la ley Fraga de Prensa, aunque unos no



lo crean, constituyen un indudable adelanto sobre los «status» anterior. Desde el punto de vista literario han producido buenos resultados, potenciando muy singularmente la insinuación de que la gente ya sabe leer «entre líneas».

Para un futuro de mayor liberalidad, en su caso, es un buen entrenamiento.

—¿Tu estilo es humorístico? ¿qué es un humorista?

—El humor, como la luz, flota en el ambiente y el humorista es, simplemente la lente de aumento que logra que sus rayos penetren en la sensibilidad de la gente para que se den cuenta de cosas que le han pasado desapercibidas o para destacar otras, aparentemente de poca importancia. Hay muchas clases de humor. que van, desde el pelo del humor ácido-amargo, hasta el del tolerantes-dulce, pasando por el humor negro, verde o marrón. Se ha estudiado mucho la importancia del primero y se ha descuidado la del último, que entiendo como un humor rural, muy carpetovetónico, en el que se confunde generalmente erotismo y «excrementismo». En cierto pueblecito de Iberia, de cuyo nombre debo olvidarme, a los hijos más blancos, dulces, finos y estilizados, se les llama «cuellos de dama» y a los más oscuros, bastos y ordinarios, «peos» de burro. Y cuando una moza observa las miradas o ademanes libidinosos de un zagal, le dice a la pata llana: Aguarda guarrón, que tú lo que quieres es...»

En todos mis escritos hay un fondo de humor pero procuro no excederme en la dosis, porque entiendo que el humor por el humor suele ser de menor calidad que el que pone unas gotas de cordialidad, como contrapunto, o te-

lón de fondo más bien, de un pensamiento perfectamente serio.

—¿Sabes distinguir normalmente la gente que lee los artículos de humor; entre la seriedad del escritor y lo escrito?

—Hace unos veintiocho años iba yo paseando por la Rambla, cuando acertó a pasar un señor, y cierta persona a quien yo acompañaba me dijo: «¿A qué no sabes quien es ese señor tan serio?» A lo que respondí que no. El lo que respondí que no. Y me contestó triunfante: «¡Pues es Nijota!» Sin embargo, la gente va estableciendo, cada vez más la diferencia que hay entre un humorista y un «showman» que, en pocas ocasiones, es favorable a éste.

—¿Es necesario estar de buen humor para escribir?

—Es necesario estar pleno de seriedad. Quien maneja la pluma como desahogo de circunstancias que le han producido irascibilidad, es normalmente injusto. En este sentido no son nada agradables las cartas o escritos polémicos que a veces se publican, en los que no se guarda el debido respeto al oponente.

—¿Qué son las tertulias de café?

—Son, sencillamente, lugares en los que aparte de tomar café, se habla de todo, desde la señora estúpida que pasa por la esquina, hasta la importancia del descubrimiento de la antimateria, y con especial deleite en algunos casos, y tediosos bostezos en otros, de las llamadas Bellas Artes.

—¿Habla la gente de literatura en los cafés?

—En el café al que yo voy, el «Sotomayor», se habla y se discute, pero no por obligación, sino por una cierta in-

clinación natural de conversación. Una tertulia no es un seminario. Pero puede y debe tener entidad y categoría. La nuestra me parece que la tiene, sobre todo por la calidad humana de sus componentes que viene avalada por la innegable sapiencia de personas como Domingo Pérez Minik, Ernesto Salcedo, Antonio Vizcaya, Rafael Arozarena, Carmelo García Cabrera, Luis Alemany, Enrique Lite, etc., sin que al citarlos quiera pretender a nadie. Pero es fundamental, a mi entender, que no se habla siempre y sólo de Literatura, porque una tertulia debe ser una especie de mosaico de rico cromatismo, en el que cada color despida su peculiar destello, pero con sinceridad y sencillez, y sobre todo, sin sofisticación, cualidad que está muy lejos de ser patrimonio de quien quiera ser o lo sea, un auténtico amante de las artes o las ciencias o del aprendizaje del cololoquio. Pero por favor, huyendo siempre del amaneramiento. Más vale una tertulia simpática y cachondona, que engolada y petulante.

:: :: ::

No hacemos más preguntas Hemos quedado perfectamente enterados de la justa escala de valores que, dentro del humor, ha analizado este escritor. Un hombre —podemos decir, con toda su barba— de ademanes pausados, que acude esporádicamente a la tercera página de este periódico, y que ha venido gustoso a esta pequeña antología callejera que tratamos de hacer, para un público con deseos de acercamiento hacia quienes escriben. Le damos las gracias.

Aleyda YGLESLIA

SE NECESITAN DOS AUXILIARES ADMINISTRATIVOS

Y

UN JEFE DE ALMACEN

a nivel de Bachiller Elemental o Graduado Escolar, con conocimientos de mecanografía y elementales de contabilidad. Remuneración a convenir según aptitudes.

Máxima reserva para colocados.

Dirigirse a Cooperativa COIDETAL; carretera Vieja de la Cuesta, nº 7. Teléfono 22-13-06 u Oficina de Colocación. Oferta nº 5.392 S/C.

(E)